

El mundo entero ha conocido al *staretz* Zosima de la novela “Los Hermanos Karamazov” de F. M. Dostoievski. El genial escritor se ha inspirado, para presentar a su personaje, en el monje y sacerdote Ambrosio Grenkov (1812-1891) del monasterio Optina Pustin’, diócesis de Kaluga, Rusia central, a quien había conocido personalmente. Ambrosio renombrado director de almas, muerto con fama de santidad, ha sido canonizado por su Iglesia hace unos cinco años. Así, la vida y obras del conocido *Staretz* han sido expuestas oficialmente al aprecio y veneración de todos los fieles ortodoxos como prototipo de realización de los ideales monásticos. Aquí damos a conocer, en lo posible, al inmortalizado Zosima-Ambrosio a los lectores católicos, a quienes llegó solamente la figura y nombre según la novela clásica. Los datos los tomamos de las biografías publicadas antes de 1917 por el monasterio de Optina Pustin’.

Para ubicarlo mejor es necesario exponer algunos datos sobre el monacato y los monasterios ortodoxos rusos.

El fatal año 1917 sorprende a la Iglesia Ortodoxa Rusa con 550 monasterios masculinos que cuentan cerca de 12.000 monjes profesos y 9.500 novicios, y 475 monasterios femeninos con algo más de 17.000 monjas y 56.000 novicias. La desproporción entre profesos/as y novicios/as se debe a los registros estatales limitados para el número de monjes admisibles por el Santo Sínodo regulado por el Procurador nombrado por el Zar y considerado alto funcionario imperial. Este frondoso monacato se fue formando durante el milenio de historia cristiana de los territorios ruso y ucraniano, cuyas inmensidades fueron cristianizadas -como todas las naciones “bárbaras” de Europa- mediante la fundación de monasterios, que siempre buscaban lugares más y más apartados. La Iglesia rusa se formó desde Bizancio y también su monacato que se formó a partir del bizantino, tiene incluso hasta hoy características bizantinas. Las reglas observadas son las de S. Pacomio, de S. Basilio Magno y de S. Teodoro Estudita, con las modificaciones locales. En su mayoría los monasterios han sido de cenobitas, pero el eremitismo ha sido frecuente. Se puede decir que equivalen más o menos a los monasterios benedictinos de Occidente. Los monjes provenían comúnmente del pueblo sencillo, aunque sin excluir los demás estratos de la sociedad. Su vida consistía en la oración litúrgica y privada, la penitencia, el trabajo manual y la atención pastoral de los peregrinos. Como los monasterios bizantinos no debieron asumir obligaciones culturales, dado que la sociedad no sufrió el bajón cultural provocado por las invasiones de “bárbaros” como ocurrió en Occidente, donde los monjes continuaron la suspendida cultura latina, los monasterios rusos siguieron en esto a sus maestros bizantinos. Es también característica de los monasterios rusos la afluencia constante de peregrinos, además de las clásicas hospederías siempre repletas. Las grandes abadías son en realidad santuarios nacionales y sus monjes experimentados en espiritualidad; los *startzy*-ancianos son maestros espirituales preferidos.

El monacato ruso se separó de sus fuentes bizantinas con la conquista de los tártaros en el siglo XIII y luego de los turcos cuando estos conquistaron Bizancio. A fines del siglo XV hubo un intento de reforma por el abad Nilo de Sorá (†1508), inspirado en los *eremitorios-skitoi* del Athos y en las órdenes mendicantes de Occidente; Nilo quería que sus monasterios fueran de comunidades pequeñas, cuyos monjes vivieran de su propio trabajo, principalmente de la copia y redacción de libros. *Skitos* proviene de la palabra copta *skete*, que significa llanura desierta, pero indica un eremitorio aislado. En el concilio de Moscú de 1503 prevaleció la tendencia del abad José de Volokolamsk (†1517), quien sostenía las clásicas abadías grandes y poderosas, con profusa y complicada oración litúrgica, y disciplina y

trabajo, dirigidos escrupulosamente por el abad. Los piadosos *startzy* de Nilo fueron incluso perseguidos como heréticos, pero la Iglesia acabó por canonizar tanto a José como a Nilo.

El zar Pedro I, “europeizante”, con su “Reglamento Eclesiástico” del 1717 fuertemente influido por ideas protestantes, fue particularmente antimonástico; trató por todos los medios de aislar y neutralizar a monasterios y monjes. Su digna émula la zarina Catalina II (1745-1796), de origen luterano alemán, inspirada por los enciclopedistas franceses (amiga y admiradora de Voltaire), además de la clásica rapiña de bienes de los monasterios, ¡hasta prohibió a los monjes tener en sus celdas papel y pluma para escribir! Cronológicamente esta acción coincide con la reforma modernizante y también antimonástica del emperador José II de Austria.

Contra esta situación oprimente en el Imperio ruso, vino la reacción monástica desde los monasterios de Besarabia dirigidos por el abad Paisio Velichkovski.

Pedro Velichkovski nació en Poltava, Ucrania, en 1722. Era hijo del arcipreste de la catedral y destinado a la carrera eclesiástica. No obstante haber sido un óptimo estudiante, rehusó proseguir los estudios teológicos superiores y contraer matrimonio; lo atraía la vida monástica. Cerca de Kiev encontró a su primer director de conciencia, el eremita Pacomio. De acuerdo con su padre espiritual ingresó al monasterio de Lubech en la frontera del reino de Polonia. Por diversas dificultades cambió varios monasterios, hasta llegar al de Tjasmin en el principado rumano de Moldavia, donde hizo su profesión religiosa y tomó el nombre de Platón. Tuvo que emigrar otra vez, y pasando por Kiev, llegó al Athos en Grecia. Allí quedó desilusionado al no hallar un director de conciencia competente. Después de cuatro años llegó al Athos un connacional suyo y le tomó la profesión “del gran hábito” cambiándole el nombre por el de Paisio. Le aconsejó también cambiar su vida eremítica por la de una pequeña comunidad del tipo de Nilo de Sorá. Pero la comunidad creció en poco tiempo al número de doce, y Paisio debió asumir su dirección espiritual; su larga búsqueda y experiencia lo habían hecho competente: ya no pudo pensar en la soledad. En 1763, después de mucha oración, se dirigió con su comunidad de setenta y cuatro monjes eslavos y rumanos al principado de Moldavia. Por deseo del metropolitano se establecieron en el monasterio de Dragomirna, en Bukovina. Paisio dirigía personalmente a sus monjes. Aprovechaba los días invernales, especialmente en Adviento y Cuaresma, para leer y comentar en el refectorio obras de los Padres, haciéndolo alternativamente en eslavo y en rumano; igualmente en su iglesia se usaban los dos idiomas. Por motivo de la guerra entre rusos y turcos emigró con sus trescientos monjes a Sekul, en la frontera del Imperio austríaco; aquí debió asumir también la dirección del monasterio de Niametz con setecientos monjes. Con todas estas obligaciones siguió trabajando en su ocupación preferida que era la traducción de obras de espiritualidad; él personalmente tradujo al eslavo la *Filokalia* de Macario de Corinto y Nicolás Hagiorita; esta obra se hizo clásica en los monasterios rusos y ucranianos. Organizó también dos equipos de traductores, eslavo y rumano. Trabajando él mismo hasta sus últimos momentos; murió piadosamente el 5 de noviembre de 1794. Habiendo mantenido continua correspondencia con los monasterios rusos y ucranianos sus libros e ideas se propagaron en esos países. En la vida monástica Paisio distingue tres tipos diversos: el eremitismo, las pequeñas comunidades de *skitos* y el cenobitismo clásico, tal como lo vivió y experimentó él mismo según se ve en su historia personal.

El monasterio Optina Pustin’ en la diócesis de Kaluga en Rusia central, a fines del siglo XVIII estaba en plena decadencia, con sólo tres monjes y uno de ellos ciego. El metropolitano de Moscú, Platón Levsin durante un viaje reparó en la belleza del lugar. Pidió al archimandrita Macario, discípulo de Paisio Velichkovski, que enviase a alguien para que revitalizara el decadente monasterio. Este le mandó al monje Abraham, persona de su confianza. Abraham puso manos a la obra introduciendo la vida cenobítica según el modelo de Paisio, con oración comunitaria, lecturas patrísticas, trabajo manual y dirección espiritual por “ancianos” experimentados. El renacimiento del monasterio no se hizo esperar; la comunidad aumentó rápidamente. Hacia 1821 el obispo de Kaluga, Filaret Anfiteatrov fundó al lado del monasterio el eremitorio de S. Juan el Precursor con los monjes Teófanos, Moisés

y Antonio, todos de la escuela de Paisio. En 1829 se incorporó a esta pequeña comunidad el monje y sacerdote León Nagolkin, auténtico *staretz*. Provenía del norte, de una familia de empresarios; era de figura imponente, de hablar franco y claro, de palabra vivaz y popular, verdadero encanto para los campesinos y el pueblo sencillo; pronto atrajo a miles de peregrinos; pasaba días enteros escuchando confesiones y respondiendo a las más variadas consultas. Algunos monjes y las autoridades episcopales lo molestaron, le prohibieron recibir gente e incluso usar el hábito monástico. Pero los miles de piadosos peregrinos no respetaron estos decretos episcopales. Finalmente pudo continuar su apostolado con la protección del metropolitano de Moscú, Filaret Drozdov. El carismático *staretz* murió en 1841, pero no obstante las críticas y oposición oficial tuvo un digno sucesor en su discípulo el *staretz* Macario (1788-1860).

Macario, en el siglo Miguel Ivanov, provenía de la nobleza rusa. Era una personalidad dotada de mucha inteligencia y exquisito gusto artístico, y además muy culto. Conoció al *staretz* León por correspondencia y atraído por éste vino a radicarse en el eremitorio de Optina. Sus características eran opuestas a las del primero, pero como tantas veces ocurre, los opuestos se encuentran. Bien pronto mostró tener un verdadero carisma de director de almas. Si bien Dostoievski conoció personalmente a su sucesor, el *staretz* Ambrosio, sin embargo la descripción exterior y diversas actitudes de “Zosima” corresponden a Macario. Junto a sus obligaciones monásticas y a la dirección de almas, Macario desarrolló una gran actividad como traductor y editor de obras de espiritualidad; formó todo un equipo de traductores. Atrajo y se relacionó con diversos grandes intelectuales rusos, como los escritores N. Gogol’, L. Tolstoi, el filósofo Kireevski, el político K. Leontiev, el archiduque K. Romanov y otros. Uno de sus traductores del idioma griego fue el novicio Alejandro Grenkov (1812-1891), que le sucedió con el nombre de *staretz* Ambrosio. Macario murió el 7 de septiembre de 1860.

Alejandro Mihailovic Grenkov nació el 23 de septiembre de 1812 en el pueblo de Bolshaia Lipovitz, provincia de Tambov en Rusia central. Era nieto de sacerdote e hijo de sacristán-lector. Pronto se hizo notar el niño de gran inteligencia, vivaracho y muy travieso. Como ya era tradicional en las familias clericales, hizo sus estudios primarios en la escuela parroquial y los secundarios en el seminario diocesano de Tambov. Aunque fue estudiante igualmente muy travieso y divertido, aprendía con rapidez y suma facilidad. Se interesaba particularmente por la Sagrada Escritura y por la historia, y por las humanidades en general. Al terminar sus estudios del seminario dominaba cinco idiomas, en particular el griego clásico. Un año antes de terminar tuvo el primer ataque de las enfermedades que lo atormentaron durante toda la vida. Gravemente enfermo hizo el voto de ingresar en un monasterio si quedaba vivo. Efectivamente sanó, y al año completó los estudios del seminario. No obstante su erudición y su talento no continuó los estudios de teología a nivel universitario; se empleó primero como preceptor en una familia acaudalada, y luego como profesor en un colegio secundario. Postergaba el cumplimiento de su voto, pero la conciencia le recordaba. No perdía su buen humor ni su sociabilidad. En la soledad rezaba largamente. Las prolongadas oraciones no lo tranquilizaron. Peregrinó al monasterio de San Sergio, hoy Zagorsk, donde dio todos sus ahorros a los pobres. Consultó al ermitaño Hilarión, el cual le aconsejó ingresara al monasterio de Optina Pustin’. Sin pedir permiso a nadie dejó su puesto de docente e ingresó allí como novicio en 1840.

En el monasterio encontró la paz y el equilibrio interior, destacándose por la plena armonía de su vida religiosa, su talento y su inagotable buen humor. Pronto llamó la atención de los *startzy* León y Macario, y así fue transferido al eremitorio contiguo. Su primera obligación fue la de ayudante del monje cocinero. Luego Macario enseguida lo incluyó entre sus traductores. El 29 de noviembre de 1842 hizo su profesión religiosa y tomó el nombre de Ambrosio. El 2 de febrero de 1843 fue ordenado diácono, cargo que ejerció durante tres años. Ministraba en el oficio divino con asiduidad y devoción. El 7 de diciembre de 1845 viajó a pie a Kaluga para su ordenación sacerdotal. Con el cansancio y el intenso frío de la larga jornada de camino enfermó gravemente; llegó al obispado en una camilla. Se repuso algo de su tremendo enfriamiento y pudo ser ordenado. El parte médico indicaba toda una serie de

achaque; él mismo contó que había sentido un fuerte dolor en el estómago; el hecho es que ya no pudo comer más que como un infante, quedando así su organismo insuficientemente alimentado. Como presbítero ofició durante un año; tuvo otra recaída de modo que ya no podía celebrar normalmente la Eucaristía. Luego de una minuciosa revisión médica fue declarado pensionado y quedó dispensado de todas sus obligaciones monásticas y sacerdotales. En adelante sólo ayudó a veces como cantor en la iglesia, y comulgaba semanalmente. Probablemente en esta ocasión recibió el “gran hábito”, que es el mayor grado monástico, generalmente concedido en el lecho de muerte. La cruz de la enfermedad debió llevarla hasta su deceso.

No obstante haber sido descargado de todas sus obligaciones, su maestro Macario no lo liberó de los deberes de la dirección de almas, visto el carisma extraordinario del enfermo Ambrosio. Poco a poco le fue encomendando personas y comunidades enteras. Se hizo común la figura del alto y delgadísimo monje que iba y venía del eremitorio al monasterio llevando a cuestas un atado de ropa, pues debía mudársela continuamente debido a las constantes exudaciones. Religiosos y religiosas lo asaltaban para confesión y para innumerables consultas; resolvía los casos con rapidez y brevedad, con respuestas claras y graciosas. Los peregrinos lo buscaban no menos que los monjes. Así comenzó su apostolado que ejerció incansablemente durante medio siglo.

Ambrosio fue en su vida privada, moderado. Observó las obligaciones y disciplina monásticas, pero nunca se permitió actos extraordinarios de oración o mortificaciones. Este enfoque se lo había trazado su maestro Macario, y así procedió con sus penitentes y dirigidos. Leía la clásica literatura ascética bizantina y rusa, pero a medida que asumía obligaciones de confesor iba dejando el trabajo de traductor. Amaba especialmente las Cartas de S. Ignacio de Antioquía, pero como lectura agradable siempre tuvo a mano las *Fábulas* de Krilov, el Esopo ruso. No dejó obra alguna escrita en forma de tratado sistemático; su actuación es conocida por los relatos de sus innumerables hijos espirituales y por su enorme correspondencia. Se puede decir que la suya es la clásica espiritualidad bizantino-rusa. Incluso no hubo en él nada de *hesicasm*, si bien conservaba en su celda el manuscrito de “Relatos del Peregrino”, tan apreciados por los lectores occidentales y evidentemente *hesicasta*.

En 1869 murió el *staretz* Macario, heredando Ambrosio la atención de sus hijos espirituales. Como atendía y sabía responder oportunamente a todo solicitante, acabaron por visitarlo personas de las más diversas condiciones, con los más variados problemas. Junto a su celda, en la valla del eremitorio, fue construida una salita, "la choza", para recibir a las mujeres. Así atendió consultas desde obispos y profesores universitarios hasta la viejita que criaba pavos y a quien él indicó cuestiones muy acertadas de avicultura. Es perfectamente auténtica la descripción de la visita al eremitorio que hizo Dostoievski. A la vez, como muchos lo consultaban por carta, y el *Staretz* no tenía tiempo ni fuerzas para responder a todas, le fue menester la ayuda de dos monjes escribientes, a los cuales él dictaba las respuestas regularmente después de sus oraciones matutinas y del desayuno. Sólo una parte de esta enorme correspondencia ha sido revisada y publicada.

Cuando se leen los “Apotegmas de los Padres del Desierto” llama la atención la similitud de estos con los Profetas del AT, tanto en las actitudes normalmente inexplicables (v.gr. Jeremías que cede su campo a su primo cuando nadie piensa ya en la agricultura del país depredado por los Babilonios) o en la obediencia absoluta que a ellos se les debe (v.gr. el servidor de Eliseo que no debe saludar a nadie en el camino). Lo notamos asimismo en la vida de S. Benito de Nursia, en recuerdo de lo cual se cría aún hoy un cuervo en una jaula a la entrada del monasterio de Subiaco. Los *starity* rusos, y Ambrosio en particular, igualmente tienen actitudes parecidas a las de los Profetas, empezando por el carisma de *dioratismo* (NR del griego *diorátikòs*: perspicaz, clarividente). A los biógrafos monásticos les ha impresionado más esta frecuencia de hechos extraordinarios que el propio buen juicio y consejo lógico del *Staretz*. Así llega una mujer con dos hijas casaderas a consultar los posibles casamientos. ¡Ambrosio le entrega a la ya comprometida un rosario monástico, y promete a la menor un novio como ninguno! Al poco tiempo la mayor rompe el compromiso

e ingresa a un monasterio, y la menor muere; en los funerales se canta "...tu novio está a la puerta y te llama...". O el monje que va a verlo con un terrible dolor de muelas; Ambrosio le da una trompada y el monje queda sano. A más de un penitente le dijo sus pecados con lugar y fecha, para gran asombro del interesado. El mismo caso de *dioratismo* se dio en los capuchinos Pío de Pietralcina y Leopoldo Mandic contemporáneos nuestros. Por supuesto, la obediencia al *Staretz* debía ser absoluta; muchos ni lo cuestionaban, como pasó con dos novicios que estaban clasificando la biblioteca del eremitorio: uno quiere tomar un libro para leer, pero el otro le advierte que sin el permiso del *Staretz* no hay que leer. Al morir el abad de Optina Pustin' en la elección del sucesor prevalece la opinión de Ambrosio sobre la mayoría contraria. Así al mismo abad y al prior del eremitorio nada les cupo decir frente a la autoridad carismática del *Staretz*. No es de extrañar que tanto en el monasterio como en la curia episcopal hubiese críticos severos contrarios a esta autoridad carismática, tal cual lo apunta Dostoievski.

Con su buen juicio y su paciencia Ambrosio arregló infinitas situaciones y casos. Su viva inteligencia ciertamente le sirvió junto a su profunda y sincera religiosidad. Así llegó a verlo un general del ejército ruso operante en Bulgaria. El *Staretz* lo escuchó en una larga conversación, en que el militar le contó la historia de toda su vida; además no se había confesado durante seis años. Oído todo esto el *Staretz* tomó la estola y recitó la absolución; luego mandó al penitente a comulgar, pues tranquilizó y ordenó su conciencia definitivamente. Envío a unos a monasterios, a otros al sacerdocio, o al matrimonio. Oró e hizo rezar por los enfermos, muchos de los cuales sanaron; a otros pronosticó la muerte. Aconsejó a hacer tales o cuales negocios con óptimo resultado.

En 1862 tuvo una caída del trineo en que viajaba, lo cual se complicó con diversas enfermedades; después de esto ya no pudo salir de su celda en invierno. En 1865 sufrió de hemorragias internas y se temió por su vida, pero logró reponerse. Ya era habitual que recibiese a la gente recostado en su camastro; sólo en verano atendía bajo los seculares pinos del eremitorio.

Muchísima gente también le pedía limosna; y él, conforme recibía y le iban pidiendo, iba dando. Pero intuyó enseguida que el problema no era tan simple: había que dar soluciones más radicales que la sencilla ayuda esporádica. Influyó directamente para que tres monasterios abrieran hospicios para la gente desheredada. Ya en 1862 compró a un anciano matrimonio una hermosa propiedad a 12 kms. del monasterio, en Shamordino; eran 200 hectáreas de bosque y de campos de cultivo. El bajo precio lo consiguió con la condición de mantener de por vida a los antiguos dueños, ancianos sin herederos. Con algunas vocaciones de sus dirigidas fundó una comunidad monástica con la obligación de acoger a huérfanos y pobres. Las novicias eran recibidas sin dote. La modesta casa ya existente sirvió para los comienzos; una salita fue acomodada como capilla. Enseguida se comenzó a edificar una dependencia tras otra. Ambrosio solía ir personalmente a ver a su gente y su obra; recogía limosnas para el mantenimiento y las construcciones; continuamente enviaba a uno de sus asistentes. Finalmente comenzó a construir una gran iglesia. En los últimos años de su vida Shamordino contaba con 500 habitantes, comenzando por la comunidad monástica. La primera abadesa construyó una casita contigua al monasterio para que Ambrosio pudiera ir a pasar allí alguna semana durante el verano y recibir a los acostumbrados innumerables visitantes.

En la primavera del 1890 la salud de Ambrosio comenzó a empeorar rápidamente. En julio fue a pasar unos días a una casa de campo del monasterio y luego se trasladó a Shamordino. Los visitantes lo siguieron sin permitirle el descanso necesario. Hasta el último soplo siguió interviniendo constantemente en las obras de la nueva iglesia. Contra todas las previsiones ya no quiso volver al eremitorio. A los monjes y a sus superiores decía que su permanencia en Shamordino era por especial designio de la Providencia. Para muchos era escandaloso que un personaje tan venerable se quedara en un monasterio femenino. Así pasó el fin del año y comenzó el siguiente. Al obispo de Kaluga le llovían miles de cartas protestando por la ausencia del *Staretz* de su eremitorio. En otoño de 1891 el obispo decidió ir

personalmente a llevar a Ambrosio a su celda, pero mientras el obispo viajaba recorriendo de paso monasterios y parroquias Ambrosio entró en agonía. Aunque fue larga y dolorosa, el agonizante nunca se quejó; recibió los últimos Sacramentos y comulgó varias veces según las fuerzas y la conciencia esporádica se lo permitían. Finalmente el obispo Vitali llegó a Shamordino y entrando en la iglesia -durante el canto del *Alleluia* que precede al Evangelio- pudo ver el cuerpo yacente de quien muriera el día anterior, 10 de octubre; a las monjas entristecidas Ambrosio les había dicho poco antes de su muerte que ¡el obispo será recibido con el canto del *Alleluia*! Los funerales fueron muy solemnes, presididos por el mismo obispo. Fue sepultado junto a los *startzy* León y Macario. Optina y Shamordino fueron cerrados por orden de Lenín, pero actualmente reabiertos. Las reliquias de Ambrosio fueron reencontradas en 1989 y al año siguiente fue solemnemente canonizado por la Iglesia Ortodoxa Rusa junto al obispo eremita Teófanos el Recluso (†1895).

*Güemes 2962
1425 Buenos Aires*